

## EN CONEXIÓN

*[Pídale a una mujer que comparta esta historia en primera persona.]*

Un niño de octavo grado llamado Adrius murió durante mi primer año de enseñanza en Mamawi Atosketan, una escuela adventista para indígenas la provincia de Alberta.

Adrius tenía problemas de alcohol. Una noche se embriagó, y un automóvil lo arrolló mientras caminaba hacia su casa. Me sentí terrible cuando en la mañana supe que habían sido suspendidas las clases porque un alumno había fallecido.

Durante mi segundo año escolar, murió otro joven. Su nombre era Francis Buffalo, un niño muy alto con una personalidad muy apacible y amable. En su caso, estaba hablando con algunos amigos junto a un automóvil estacionado cuando otro automóvil que pasó perdió el control y se estrelló contra él.

Las dos muertes fueron muy duras para mí. Traté de contener las lágrimas en sus funerales; y es que, como maestra, me conecto tanto con mis alumnos que temía no poder parar de llorar. El dolor era muy grande y temía estallar en cualquier momento.

Varias preguntas inquietaron mi mente luego de los funerales. Me preguntaba si habría conseguido influir en sus vidas para bien. ¿Habrán visto el amor de Dios a través de la escuela? ¿Les habremos dado lo suficiente para que clamaran a Dios en sus últimos momentos?

Estas muertes prematuras me recuerdan cada día mi misión de llevar a los jóvenes alumnos a los pies de Cristo. Mi deseo es que los chicos tengan una relación íntima con Jesús y que su vida cambie. Como maestra, no siempre veo los resultados inmediatamente, pero sí consigo ver vislumbres que me llenan de esperanza.

En una ocasión, decidí unirme a ADRA en un viaje misionero para construir un orfanato en Mozambique. Les expliqué a mis alumnos de tercer grado que me ausentaría y lo que estaría haciendo. También les hablé sobre lo emocionada que me sentía por el viaje y los preparé para recibir al maestro suplente.

Aun así, Tiandra, una niña pequeña, creía que había abandonado la clase y que no volvería. Así que, empezó a comportarse mal y terminó en la oficina de la directora. Cuando la directora le preguntó el motivo de su comportamiento, ella exclamó:

—¿Usted nunca ha escuchado hablar de la ansiedad que causan las despedidas?

La directora tuvo que salir de su oficina para reírse. La pequeña Tiandra sonaba muy graciosa utilizando un lenguaje tan adulto.

Pero la niña tenía razón en su autoevaluación. Se estaba comportando mal porque creía que yo la había abandonado. Teníamos una conexión especial, y ella se sentía abandonada al pensar que ya no estaría allí.

Cuando volví a Canadá, me tomé un día libre para descansar del viaje. Pero la directora me llamó y dijo:



Darlene Thiessen, 45

## CÁPSULA INFORMATIVA

- El castor americano es el animal nacional de Canadá.
- Alberta es una provincia canadiense que ha estado libre de ratas desde hace más de 50 años.
- Un cachorro de oso llamado Winnipeg fue exportado desde Canadá al zoológico de Londres en 1915. A un niño llamado Christopher Robin Milne le gustaba visitar al cachorro llamado Winnipeg, o Winnie. Su amor por el cachorro fue la inspiración para las historias escritas por su padre, Alan Alexander Milne, sobre Winnie the Pooh.
- Canadá tiene el récord de medallas de oro ganadas en los Juegos Olímpicos de Invierno: obtuvo 14 medallas de oro en las Olimpiadas de Vancouver en el año 2010.
- Cada año se construye el Hotel de Hielo en Quebec, con 400 toneladas de hielo y 12 mil toneladas de nieve. Cada verano se derrite, pero se lo vuelve a reconstruir.

—Tengo a mi lado a alguien que necesita hablar contigo —y puso a Tiandra al teléfono.

—¿Hola? ¿Cuándo regresas? —dijo la pequeña.

—Mañana —le respondí.

—Muy bien —dijo simplemente.

Y eso fue todo. Todo estaba bien, nuestra conexión había sido restaurada.

Todos los maestros tienen una conexión especial con sus niños. Para ellos, marca la diferencia ir a la escuela y encontrarse con nosotros.

El año pasado, mis alumnos de tercer grado enmudecieron totalmente cuando les conté la historia de Jesús y su muerte en la cruz. Sus miradas estaban llenas de asombro al es-

cuchar el sufrimiento de aquel que nos amó tanto que dio su vida por nosotros. Aquel día, les comenté a los niños que para mí sería más fácil entregarme para morir por alguien que entregar la vida de mi hijo.

—Dios los ama tanto que renunció a la vida de su Hijo —les dije.

Uno de los niños, sorprendido, preguntó:

—¿Realmente él hizo eso por mí?

Recuerdo a una niña de primer grado que se sentía muy angustiada porque sus hermanos estaban en riesgo de ser dados en adopción. De hecho, se llevaron a su hermana menor de casa y su madre intentaba desesperadamente recuperarla. La niña estaba muy preocupada.

Algunos niños comenzaron a burlarse de ella. Un día, la encontré sollozando fuera del salón de clases y le pregunté qué sucedía.

—Los niños dicen que mi hermana está muerta —me respondió.

Le pregunté si le gustaría que oráramos, y dijo que sí. Tomé sus manitas, y juntas le pedimos a Dios por su hermana. Al finalizar, le dije:

—Todo está ahora en las manos de Jesús; ¿te sientes mejor?

Fue como si el peso del mundo entero se hubiera desprendido de sus hombros. Salió corriendo y felizmente comenzó a jugar con los demás niños.

Como maestros, tenemos pequeños momentos como este en los que podemos mostrar a los niños el amor de Jesús. Mi deseo es que muchos lo conozcan. No quiero perder una sola oportunidad de influir en la vida de estos niños para la eternidad.

Parte de la ofrenda del decimotercer sábado de este trimestre ayudará a la Escuela Indígena Mamawi Atosketan a expandir su programa educativo para poder enseñarles a más niños sobre Jesús. Gracias por su ofrenda misionera.